



CAPITULO XXXIII

DE LA NOTABLE CONTIENDA DEL BRAVO D. QUIJOTE CON EL CABALLERO DEL ÁGUILA, Y DE OTRAS COSAS NO MENOS INTERESANTES QUE DIVERTIDAS

No á mucho de haber andado, oyó D. Quijote el son de una bocina y tuvo por cierto que el atalaya le había visto desde las almenas y daba la señal de llegar caballero á los señores del castillo. Requirió sus armas, y puesto el yelmo, baja la visera, á buen paso se fué acercando á la fortaleza. Un barranco altísimo de piedra blanca, que entre la verdura del monte se le ofreció á la vista, fué para él la dicha fortaleza. «Si la del mago Atlante en los Pirineos era de acero rebruñido, iba diciendo, ¿por qué ésta no ha de ser de plata maciza, como ya las hubo en otras partes?» De allí para abajo se venía un caballero cubierto de todas armas, cuyo peto resplandeciente y morrión negro le conciliaban aspecto gentil y marcial. Montaba este caballero un soberbio morcillo con ricos jaeces; un cobertor amplísimo adorna al noble bruto desde el nacimiento de la crin hasta la raíz de la cola. El jaquimón es de cuero oloroso de Marruecos, con rulos y chapetas de la más pura y reluciente plata. El jinete trae caída la babera, y sobre su yelmo se levanta un pendón de plumas rojas. La empresa del escudo es un león rendido á una águila; el mote: *Aut Dulcinea aut nihil*. «Pelearé con vos, le dijo D. Quijote cuando se vieron á tiro de pistola, no como quien pelea de igual á igual, sino como quien castiga y escar-

mienta á un raptor y ladrón. — Moderaos, caballero, respondió su adversario, y sabed que el caballero del Águila no sufre agravio chico ni grande mientras empuña la cuchilla. ¿Rapto llamáis la obra de la voluntad y el mutuo consentimiento? ¿Rapto llamáis un hecho consumado á la luz del sol? Si vos sois don Quijote de la Mancha, sabed que la princesa á quien servíais ha pasado á ser mi dama por el libre querer de esa señora, quien ha sometido á la mía su voluntad y su hermosura juntamente. — Mentís, replicó D. Quijote, y mentiréis cuantas veces afirméis una cosa tan contraria á la verdad y hasta al buen discurso. — Remítase á las manos este asunto, dijo el caballero del Águila; que no es de bien nacidos la soez contumelia, ni de valientes el reñir á injurias. Que la sin par Dulcinea del Toboso tiene puestos en mí sus cinco sentidos, es tan evidente como os lo va á probar Cortacabezas. Así se llama mi espada, á semejanza de las tan famosas que se llamaron Durindana, Fusberta y Balisarda. — Si la mía tuviese nombre especial, repuso D. Quijote, se llamaría quizá *Joyosa del bel cortar*; pero si no lo tiene sabe su deber, como lo vais á ver acto continuo.»

El encuentro de los dos caballeros había sido en una meseta ó grada del monte, escogida con este propósito por el truhán que había ideado esta aventura. Pudieron por consiguiente los dos paladines tomar distancia, y como volviesen á encontrarse lanza en ristre, tirado el cuerpo hacia adelante, un puente que cubría un zanjón ancho y profundo se alzó como por ensalmo, dejando interpuesto entre los combatientes un obstáculo insuperable. «Alevoso caballero, dijo D. Quijote, ¿son éstos los hechos de armas de que blasonáis? ¿Qué tramoya es ésta, Maudén Fulurtín traidor? — Yo estoy por creer, respondió con mucho sosiego el del Águila, que el famoso D. Quijote de la Mancha es un cobarde y astuto caballero que se vale del arte mágica para evitar la espada de sus enemigos. Ahora se me acuerda haber oído que el dicho D. Quijote hacía la corte á una cierta piruja llamada Leocasta, con la condición y el pontazgo de que ella había de estorbar por cualquier medio la batalla donde él

podiera correr peligro inminente de la vida. Fada aquella de segunda clase, pero á quien no se le ocultan los medios de librar de la muerte á su protegido. Esta vorágine, este puente levadizo no son de mi fortaleza, ni jamás los han visto mis ojos; el espejo de la caballería me hace un reto, y no me reta sino con un estorbo sobrenatural por delante. Si él me ha llamado Maudén Fulurtín, yo, con más fundamento, le he de llamar Fraudador de los Ardides, y por tal le he de tener; no por el verdadero y genuino D. Quijote de la Mancha, caballero realmente valeroso y sin reproche. — El mismo soy, replicó D. Quijote; el genuino y verdadero, cosa sobre la que tendréis entera convicción, así como pueda obrar mi espada. Mintió por la gorja el que dijo que yo obsequiaba á esa doncella, y no ha oído campanas el que la tiene por mágica de segunda clase: es muy de las principales y de mucha pro y fama, aunque nunca ha dispensado su protección á éste que el mundo conoce con el nombre de D. Quijote de la Mancha. Aparejaos á ver por el suelo vuestra cabeza si al punto no reconocéis y confesáis que la sin par Dulcinea no se halla por su libre albedrío en vuestras manos y que la sabia Leocasta no es ni puede ser piruja, ni que el susodicho D. Quijote le hace la rueda, como dijisteis.» Pero como el puente levadizo no cayese, pidió el caballero de la Mancha que las cosas permaneciesen *in statu quo ante bellum* hasta cuando cesase el encanto que imposibilitaba la batalla; y acordes en el volver á buscarse los dos paladines, se partieron, el uno hacia la fortaleza, el otro hacia el que él tenía por castillo.

A fuero de leal, Sancho Panza había seguido á su amo y aun presenciado á medio rebozo la escena del ermitaño. Hallábase bajo un árbol cuando vino á pasar D. Quijote mohino y caviloso. «El diablo me lleve, señor, dijo, si el jayán del puente y el solitario de allá abajo no son una misma persona, y si no estamos sobre una red donde caeremos á pocas vueltas. — ¿Cómo puede ser eso?, respondió D. Quijote: ¿el solitario y el jayán una misma persona? — ¿Conoce vuesa merced un ermitaño que se descuaje las barbas, replicó Sancho, y quede igual

á uno á quien he visto en el castillo de mi señora doña Engracia? Yo pienso que aquí hay gato encerrado. — Pensar no es saber, dijo D. Quijote: el jayán es un desaforado ladrón, sin Dios ni ley: el ermitaño un pobre diablo á quien se le ha pasmado el caletre á fuerza de ayuno. Tú verás esto por tus ojos cuando yo hubiere cortado la cabeza al primero, y reducido al segundo á mejor vida, llevándole á entre cristianos, donde se le quite lo solitario y lo selvático. — El hábito no hace al monje, señor, volvió Sancho á decir. La confianza sin tasa, empobrece la casa; y donde el bobo ve dorado, tal vez no hay sino salvado. — ¿Qué va de las necedades que estás ensartando, á la aventura que traigo entre manos?, preguntó D. Quijote, mirándole despacio. — Las canas son vanas, señor, repuso Sancho, y no siempre viene con ellas la experiencia: hay quienes viven cincuenta años y no saben la jota ni la ge. Pero dice el refrán: ni fía ni porfía ni entres en cofradía; primero son mis dientes que mis parientes; y primero mi pellejo que esa piruja Leocasta, por quien vuesa merced va á exponer la vida. Mas no dirán que por la boca me pierdo: yo sé que palabra y piedra suelta no tienen vuelta, y me callo.» D. Quijote anduvo torcido con Sancho más de una hora, hasta que al desembocar en el valle, casi á obscuras, oyó una voz meliflua, de persona que cantaba apasionadamente en una ventana, que para él fué finiestra de un alcázar, y aun vió las torres y los balcones de plata, de tan soberbio edificio, no siendo ello, en verdad, sino una lechería vieja, triste, de paredes negras y ventanillas tenebrosas. Paróse D. Quijote al tiempo que decían:

«¿Dónde estás, mi caballero,
Que no te duele mi cuita?
Tú corriendo á los placeres,
Yo gimiendo aquí cautiva.
Non es manera aguisada,
Nin nobleza que se diga,
Olvidar los tus amores
Por otros de mala guisa.

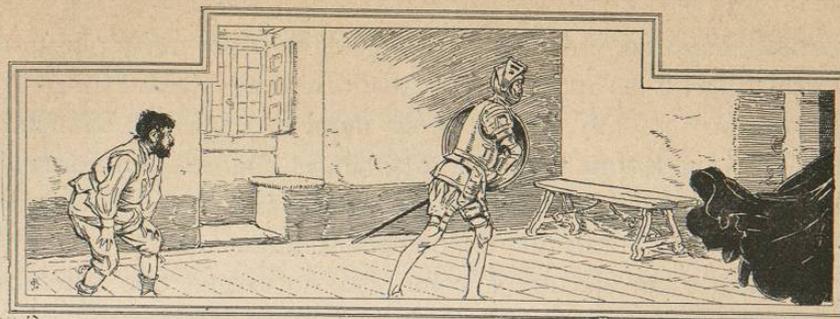
No era esto lo que jurabas
 Cuando, echado de rodillas,
 «Juro por Dios y mi acero
 No olvidarte,» me decías.
 Y agora que en esta torre
 Contemplo correr la vida,
 Sin sol ni luz, secuestrada
 Por obra de felonía,
 No precias mis desventuras,
 No te afligen mis desdichas,
 Y cuando á la fe te llamo
 Tus juramentos olvidas.
 No demanda compasione,
 Tu cariño solicita
 La triste que en esta cárcel
 Llorando vive cautiva.
 Si vienes, ven por tu gusto;
 Si por lástima, no sigas:
 Tu amor una vez negado,
 Muerte es mi sola valía.
 Por ti la existencia guardo,
 Mi seno por ti respira,
 Vivo yo mientras la fácil
 Esperanza en él anida.
 Mas no quiero libertade
 Si de tu afecto me privas:
 Deja que triste en la torre,
 Llorando muera cautiva.»

— ¿Ahora qué dices, Sancho?, preguntó D. Quijote así como hubo callado la sirena. ¿De quién pueden ser estas voces sino de mi cuitada señora, que me recuerda la fe que le debo y me llama á libertarla? Ésta es, sin duda, una sucursal del castillo roquero; una fortaleza más propia para el efecto de tener escondida á tal señora, pues hasta la crueldad amaina ante lo venusto de esa doncella incomparable. Lo que debemos suponer es que sus opresores, no queriendo exponerla á los fríos cierzos de las alturas, la han puesto aquí al resguardo de algunas dueñas y gentiles hombres. Sancho, hijo, ¿viste el rostro de la mujer divina? ¿No te deslumbró el fuego de esos ojos, no te admiró

la blancura de ese cutis, no te inquietó la rubicundez de esos labios entreabiertos? ¿Viste cómo tenía el brazo puesto sobre el barandaje, brazo de Elena, brazo de Hermione, que cual un verso ropálico va subiendo desde la delgada muñeca hasta la más suculenta gordura? ¿Viste esa cabellera, derramada sobre ella á modo de negra capa? ¿Viste ese porte real cuán poético y elegante se mostraba en su donosa posición de estar apoyado sobre el travesaño de oro? Deja, amigo, déjala presentarse de nuevo: la solicitud en que anda no es para que se contente con una sola tentativa. El amor suele ser un adorable porfiado. — Por la salvación de mi alma, dijo Sancho, juro que nada he visto sino el trapo que está columpiando en esa ventanilla negra como boca de horno. Tras él me parece que se halla una persona, la cual no sé si tendrá las propiedades numeradas por vuesa merced. — Como no estás habilitado para estos prodigios, buen Sancho, bien puede ser que á tus ojos no se presenten las cosas como son. Si tocaras la verdad desnuda, admiraras en lo que tienes á la vista lo hermoso, lo suntuoso, lo gracioso; y rendido á la evidencia, confesaras al fin lo que te empeñas en poner en duda. Si no ves, oye á lo menos; quizás el oído sea en ti más sincero que la vista.»

«¿Dónde estabas, caballero,
 En aquel infausto día?
 En vano mis tristes voces
 Asordaban la campiña.
 Los traidores me arrebatan;
 A toda rienda venían.
 Caballero, caballero,
 Me acorredes en mi cuita.
 El brazo por la cintura,
 Me levanta como á niña:
 Sobre el caballo me ha puesto:
 Al galope el moro se iba.
 El rogar nada me sirve;
 El gritar nada podía:
 Desmayéme, y recobrando
 La razón, me vi perdida.

Mi esclavo el raptor se llama;
 El feroz humilde se hinca;
 Jura non se levantare
 Hasta que el perdón consiga.
 A malas solicitudes
 Mueve la lengua atrevida;
 A sus labios ha llevado
 De mi vestido la fimbria.
 «¡Villano, non me toques!
 ¡No apures la perfidia!
 Consiento en morir mil veces
 Antes que en mi honra mancilla.»
 «A tu voluntad, señora,
 Tu amoroso esclavo aspira,»
 Dijo el moro, y se reviste
 De moderación ficticia.
 Y viendo que en mis desdenes
 Se estrellaban sus caricias,
 Me ha encerrado en esta torre
 Donde moriré cautiva.»



CAPITULO XXXIV

DEL ALBOROZO QUE NUESTRO ENAMORADO CABALLERO SINTIÓ
 AL TOPAR DE MANOS Á BOCA CON SU DAMA

«Este es el caso de D. Gaiferos y Melisendra, dijo D. Quijote. Melisendra, robada y encerrada en una torre, sale una noche á llorar su cuita en la ventana, cuando ve á dicha un caballero que va á pasar.

«Con voz triste y muy llorosa
 Le empezare de llamare:
 Por Dios ruego, caballero,
 Queráis os á mí llegare.
 Caballero, si á Francia ides,
 Por Gaiferos preguntade:
 Decidle que la su esposa
 Se le envía á encomendare.»

»Gaiferos responde al pie de la torre:

«Soy el infante Gaiferos,
 Señor de París la grande,
 Amores de Melisendra
 Son los que hasta aquí me traen.»

»Dulcinea está allí, yo aquí; robada y encerrada ella, errante y desconsolado yo. Y para que todo sea uno, pienso no entrar la fortaleza por fuerza de armas, sino, como el otro sutil ena-

morado, hago que mi dama se descuelgue sobre mí, y puesta á horcajadillas á las ancas de mi caballo, que me sigan Hipógrifo y Rabicán. — ¿Cómo quiere vuesa merced, respondió Sancho, llevarse á mi señora Dulcinea á las ancas y montada á horcajadillas? — Así se llevó D. Gaiferos á Melisendra, Sancho. Cargue yo con la mía, y eso me da que sea á horcajadas ó á mujeriegas. Lances tan ejecutivos como éste no exigen que estemos parando en niñerías. Y aun sé decir que hay cierto sabor caballeresco en llevarse uno de ese modo á su amiga, sacándola de una fortaleza por astucia. Vuelve á cantar la prisionera: oye, oye, Sancho.»

«Elevado firmamento,
Astro que el mundo iluminas,
Se acabó para esta triste
El placer de quien os mira.
Montes, cerros y florestas,
Fuentes de agua cristalina,
¡Ay!, la triste prisionera
Ya no alcanza vuestra vista.
Ríos, árboles y flores
Que la tierra poetizan;
Verde puro de los prados
Que esperanza simboliza,
Son recuerdo las bellezas
Del mundo para quien gima
En el negro cautiverio
Que muerta me tiene en vida.
¿Dónde estás, mi caballero,
Que no me oyes? Tu rendida,
Tu constante Dulcinea,
¿Nada sobre ti podría?
Dueño mío, en mi socorro
Mueve la tu espada invicta.
¿De miedo no llegas pronto?
¿Desamor te desanima?
Derroca esta fiera torre,
Sácame á la luz del día;
Quebrántame estas cadenas,
Que aquí no muera cautiva.»

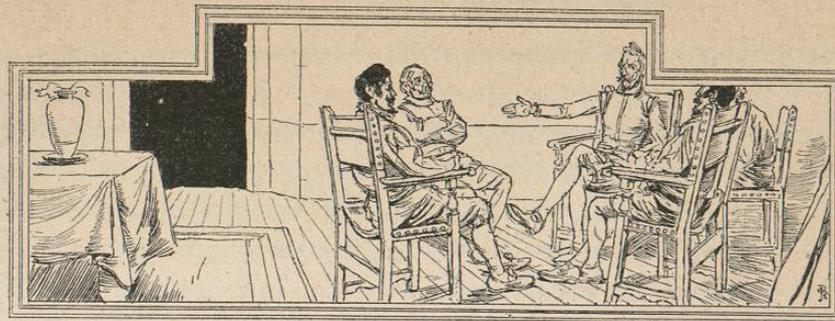
Para gran satisfacción de D. Quijote y asombro de Sancho, mostró la cabeza una mujer y dijo: «Señor mío, señor mío, ¿conoce por ventura vuesa merced al famoso caballero D. Quijote de la Mancha? Debe de hallarse á la hora de esta en Trapisonada, en donde, según pregona la fama, se ha coronado emperador. Si allá fuere vuesa merced, será servido de decille que su esposa Dulcinea se le envía á encomendare, y que era ya tiempo de venir á sacarla de esta torre.» Como el aventurero se diese á conocer y le provocase á descolgarse sin miedo, la dama se ingenió de modo que en dos por tres estuvo sobre D. Quijote, quien, tirado de rodillas, la esperaba con los brazos en alto, habiéndose desmontado para el efecto. El crepúsculo no se había aún rendido á la noche, y á su luz agonizante se distinguían los objetos en mirándolos de cerca. Vió D. Quijote cara á cara á su señora: si la sorpresa y el asombro fueron grandes, no fué menor la indignación que en su pecho sobrevino. Habiéndose aproximado Sancho Panza, vió unas narices tales, que las del escudero del caballero del Bosque entraran en ellas como en vaina, y aun se zarandearan, por demasiado holgadas. Las trenzas de la hermosa eran dos colas de bueyes mulatos, que venían elegantemente caídas sobre los hombros. Una boca formidable apuntada en sólo dos colmillos, como la de Asmodeo; y unos ojos que, por lo grandes, más parecían anteojos. Sancho se puso á temblar de la cabeza á los pies; ni D. Quijote decía palabra, hasta cuando la suspensión hubo dado lugar á la cólera; y como no era hombre con quien pudiese el miedo, «¡Fementido aborto!, dijo: tú no eres ni puedes ser la señora á quien yo sirvo: huye de mi presencia, soez demonio, ó aquí me has de pagar esta superchería.» Y como diciendo y haciendo tirase por la espada, la divina incógnita, al ver su amor tan mal correspondido, echó por esos mundos, de modo que no la alcanzaran cuatro D. Quijotes. Sancho Panza que, viendo alejarse el peligro, se había repuesto medianamente, pudo ver que la fugitiva llevaba calzones debajo de las faldas, y como iba ella dando trancadas tales, que ni descuartizado él pudiera llegar á la mi-

tad de una, sacó en limpio que la visión no era del género femenino, y preguntó: «¿Estas son las Dulcineas de vuesa merced, Sr. D. Quijote? Vuesa merced tiene el alma en su palma, y puede hacer lo que le guste; yo, ni aunque me dieran una reina encima, me casara con ese vestiglo. Pero dice el refrán: ir á la guerra y casar, nunca se ha de aconsejar. Si á vuesa merced le gustan esas narices, Dios le prospere. — Sandío eres por demás, respondió D. Quijote: sólo en tu embrollada imaginación puede haber la extravagancia de pensar que ese engendro es la verdadera Dulcinea. ¿No estás viendo, menguado, menguadísimo, que ésta es obra del mago mi enemigo, y que solamente uno como Fristón es capaz de semejantes transmutaciones? No te atengas á lo que á ti te parece; atente á mi penetración en orden á las cábalas y manipulaciones de aquella estirpe de sabios y sabias que ora nos persiguen, ora nos favorecen, según que despertamos en ellos repulsión ó simpatía. Y si no, ¿para qué piensas que son las Urgandas, las Morgainas, las Ipermeas, las Ardémulas, las Tarantas, las Linigobrias, las Almandrogas, las Melisas, las Zirfeas? ¿En qué piensas que vienen ocupados los Artidoros, los Artemidoros, los Merlines, los Alquifes, los Atlantes, los Silfenos y el nigromante sin rival que vive en la temerosa Selva de la Muerte, digo aquel Fristón que me persigue de su particular ojeriza? Allí tienes al encantador Arcalaús, mortal enemigo del famoso Amadís de Gaula. Otros magos y magas se ocupan, al contrario, en proteger á los caballeros andantes y en librarlos de las redes que les tienden sus envidiosos. Mira ese carro que viene por el aire, envuelto en esa nube: mira cómo la nube se abre de improviso y deja ver en medio de ella una señora: mira cómo la señora salta abajo, toma por el brazo al caballero que en gran peligro se halla combatiendo con doce gigantes, le mete en su fusta, se eleva y desaparece. Pues fué Belonia, señora de las Montañas Desiertas, que se llevó por los aires á D. Belianís á curarle las heridas en un castillo conocido por ella solamente. De este modo los magos y las magas nos siguen los pasos á los caballeros andantes, cuándo con buenas,

cuándo con malas intenciones. — Cada uno quiere llevar el agua á su molino, dejando seco el del vecino, respondió Sancho. El rey es mi gallo: yo sé quién se ha de salir con la suya, porque allá van leyes do quieren reyes. Si digo á vuesa merced que ese monstruo no es ni será jamás mi señora Dulcinea transmutada ni por transmutar, sino un perillán que se ha propuesto darnos sogas, ¿qué dirá vuesa merced? — En persona no fué ni podía ser Dulcinea, repuso D. Quijote: lo que digo, y torno á decir, y lo iré diciendo hasta el fin del mundo, si no me lo quieres abonar, es que en la caballería suceden cosas increíbles para quien no está iniciado en ella, pero lisas y de cada rato para los que se andan averiguando con esta gloriosa profesión. Y si no, dime, ¿cómo sucede que una espantable sierpe está riñendo con don Artidel de España, huye de repente, se tira á un lago, y vuelta una hermosa joven sale nadando á la orilla? ¿Qué significa convertirse en el viejo Torino la estatua de bronce con la que tiene batalla el príncipe Lepolemo? ¿Qué dices de la sabia Ipermea cuando la ves venir en forma de grifo, tomar en sus garras á los jayanes que llevan á mal andar á su protegido D. Olivante de Laura, elevarse con ellos y soltarlos contra el suelo desde arriba? Por aquí puedes sacar lo que hay de real y verdadero en los sucesos que me atañen. Cree y calla, Sancho; economiza dudas importunas y vente tras mí.»

Los señores del castillo estaban esperando á D. Quijote en la puerta, y le recibieron haciéndose de nuevas de los sucesos que acababan de ocurrir. Dijo D. Quijote lo que había en el asunto de la batalla, y les hizo saber que al día entrante, muy por la mañana, estaría de nuevo á caballo para concluirla. «El enemigo ha levantado el campo, como vuesa merced puede verlo por sus ojos, respondió D. Alejo de Mayorga.» Y enseñando á D. Quijote el cerro, le hizo notar una humareda rojinegra, en medio de la cual una llama angulosa echaba sus puntas á las nubes. «Allí tiene vuesa merced la fortaleza del soberbio Brandabrande en cenizas: la ha prendido fuego con sus manos, para que no sea ocupada por su enemigo. En cuanto á la cauti-

va, yo me inclino á creer que todo ha sido jactancia de ese baladrón, y que no tuvo en su poder á Dulcinea chica ni grande. Su costumbre suele ser andar echando plantas y alabándose de que es dueño de las más renombradas princesas, cuando, bien averiguada la cosa, sus conquistas no pasan de una que otra pelandusca que se le entregan de propósito. A calle la zozobra de ese pecho, señor, y véngase luego con nosotros á hacer algo por la vida, que el hambre sube ya de punto. — En eso, repuso don Quijote, puede haber más verdad de lo que vuestas mercedes alcanzan á imaginar. Al Toboso he de ir ó he de enviar á mi escudero, y tengan por cierto vuestas mercedes que me ha de dar buena cuenta de su embajada. — Es mucho hombre éste, dijo D. Alejo, mirando al citado escudero: ¿conque vuesa merced le confía despachos y comisiones de tanta delicadeza? — Es para más, replicó D. Quijote. Si su majestad el rey le hubiese mandado hacia el Gran Tamerlán, habría salido mejor que Rui González de Clavijo. Pero vamos á lo que vuesa merced propuso: si algo sé de lo que pasa en mi persona, me haría muy al caso una ala de pollo.» Comieron luego, y pasaron á saludar á las damas, quienes, reunidas en la sala, estaban esperando á su gran huésped.



CAPITULO XXXV

DONDE SE DA CUENTA DEL GRAVE ASUNTO QUE TRATARON
ALGUNOS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIA

Hablóse de puntos varios, y de uno en otro vinieron á parar en el tan ameno de las letras humanas, como que el marqués de Huagrahuigsa tiraba siempre á esa materia. Sin ser poeta era humanista; su profesión, aunque no su talento, la crítica literaria; y él, tan prolijo, tan sumamente prolijo, que en lo hondo del mar cogía un infusorio. Es propia de los malos críticos la habilidad para descubrir los defectos insignificantes, y propio de los escritores vulgares y ruines el odio por los que gozan de más consideración que ellos. El mérito de los demás es una deuda para el envidioso: en cuanto á las bellezas de la obra que tiene entre manos, se niega á verlas, y quién sabe si de buena fe no las descubre porque la envidia se las aparta de los ojos; y como le gobierna un vil propósito, cual es el descrédito del autor, no hace mención sino de las fealdades, echando tierra sobre los primores. O bien le falta el brío del ingenio y aquel aliento largo y poderoso que necesitamos para divisar y coger las perlas en el centro del Océano. El alcornoque, la algaova y las impurezas del mar están flotando hacia la orilla á la vista y á la mano de cualquiera (*). Estaba el marqués en lo fino de

(*) *Errors, like straws, upon the surface flow;
He who would search for pearls must drive below.*

DRYDEN